

Letras

"DIOS A LA VISTA"

EN LA LITERATURA

MODERNA

(Importante confesión de parte)

Ya, gracias a Dios, estamos de vuelta de aquella falsa idea, tan en boga no hace aún mucho tiempo, de que la Religión, y más extensamente, lo religioso, estaba en pugna con las ciencias profanas, sobre todo, con la literatura.

No somos aún viejos, y con todo, recordamos tiempos en que para poder aspirar a un renombre literario era menester prologar versos y novelas con una poco menos que profesión de ateísmo. Los escritores que se avenían con los módulos religiosos eran arrumbados en el olvido más injusto.

Hoy, en cambio, son muchos los escritores que, no conformes con tener en cuenta la moral y la espiritualidad de los temas que tratan, se atreven valientemente con problemas abiertamente teológicos.

Figuran muchas plumas seculares entre las que nos han dicho muchas cosas y muy acertadas sobre conflictos psicológico-religiosos que los meros eclesiásticos hubiéramos adivinado con dificultad, simplemente porque nos está vedado vivirlos.

Pero, aun los que no osan adentrarse por rutas y terrenos tan particulares, que durante mucho tiempo han sido coto cerrado de eclesiásticos, por necesitarse, para salir medianamente airoso en ellos, un nada vulgar conocimiento de los estudios religiosos, cuidan con esmero sus buenas relaciones con la moral y la espiritualidad ortodoxas.

Tan grande es el respeto de la mayoría de los profesionales de la pluma

a lo transcendental, que —aparte la literatura fácil y vulgar que sirve de alimento grosero a la mayor parte de los entendimientos humanos— puede decirse que la literatura contemporánea se distingue de las inmediatas pasadas por su signo espiritual.

Renunciamos a la enumeración de los escritores católicos de vanguardia en todos los varios sectores de la producción literaria.

En parte se ha hecho ya en números anteriores y no es eso lo que pretendemos. Buscamos más bien jalonar el inicio de ese movimiento, marcar el momento preciso del viraje, de cuyas buenas consecuencias gozamos en nuestros días. Se merecen un homenaje siquiera sea póstumo. Más vale eso que el olvido. Hemos de ser agradecidos.

¡Qué cosa tan singular!
¡Ese joven literato
aún se sabe persignar!

Sería tarea bien difícil sondear los abismos de negrura religiosa que esos versos de Rubén en *ABROJOS* nos delatan. En sus tiempos para un gran número de literatos, eran cosa olvidada las prácticas de piedad. Quienes no se abochornaban de las más indecentes lubricidades, soportaban con dificultad en sus mejillas el rubor de que se les viera santiguarse. Alardeaban de haberlo olvidado, si alguna vez alguien había tenido la osadía de enseñarles. Eran los menos los que segían sabiendo persignarse sin doblegamiento frente a las ironías de sus compañeros de letras. ¡Tan escasos eran, que su presencia causaba verdadera sorpresa!

Pero ya para aquellos tiempos, Rubén caminaba ya en franco rezago. Cuando él escribía esos muy discutibles versos, Luis Bertrand en 1916 y con él muchos de los literatos franceses venían ya de vuelta hacia la casa paterna:

"Hacia veinticinco años —escribía Bertrand refiriéndose a tiempos diez y seis años anteriores a la primera edición de *ARROJOS*— que mi vida se desarrollaba en un profundo desorden intelectual, en el que no gozaba. Semejante anarquía era considerada por los jóvenes de entonces como el colmo de la elegancia. Habíamos reducido a la nada las ideas y sentimientos que hacen posible la vida de los pueblos; ni certeza moral ni certeza racional". (cfr. Mainace. *Les temoins du Renouveau Catholique*, 1919).

Ese caos ideológico, implantación noveler de un siglo caprichosamente al-

tanero, era situación demasiado violenta para que durara:

"Todos nos presentábamos la misma pregunta, angustiosa y decisiva, resistiéndonos a que nuestra existencia careciera de sentido".

"Prescindir de un absoluto en el orden moral no era imposible". (E. Maassis, *La Sacrifice*, p. 114).

El tormento a que habían sido sometidas sus afirmaciones culturales, los orientó en busca de los orígenes de la Verdad:

"Habíamos experimentado la vaciedad de aquellas sugestivas ideas, que nuestros predecesores nos servían con profusión: buscábamos un maestro que pudiera enseñarnos la Verdad. Por conseguirlo estábamos dispuestos a cambiar el rumbo de nuestra vida: pero jamás por un sistema más, fuera cual fuera". (Ibid.).

Y la reacción fue violenta.

Peguy se rompió la garganta reclamando: "Nuestros maestros y nuestros jefes nos han traicionado: jamás consentiremos que a su vez traicionen a nuestros hijos".

Era que aquella herencia que se les había legado, había destrozado lo más esencial de sus vidas:

"Nos es preciso encontrar una fe activa, por la que podamos, sin temor, exponer nuestra vida. Cuanto más lo pienso, más tenazmente quedo convencido de la raíz de nuestra desgracia: ni nuestra vida, ni nuestra muerte tenían razón de ser". (Schwob, *Moi juif*, p. 39).

Nadie mejor que Bourget ha descrito la situación lastimosa de los espíritus jóvenes de aquellas generaciones:

"De tales hipótesis (las heredadas de Taine y de Renan) no sacaban los jóvenes de entonces otra cosa que negación y pesimismo: y esto precisamente en el momento en que los desastres de la Guerra y la Commune azotaban a la patria tan cruelmente, imponiendo con ello a nuestras conciencias el sentimiento del dolor social, la obligación de un esfuerzo útil y directo. Por un lado contemplábamos a Francia profundamente maltrecha. Sentíamos la responsabilidad que nos tocaba en su ruina o en su resurgir, y bajo la impresión de esta crisis nos sentíamos impulsados a la acción. Pero por otro lado, una doctrina paralizadora, impregnada del más completo determinismo, nos descorazonaba de antemano. El divorcio entre nuestro corazón y la cabeza era absoluto.

La inmensa mayoría de los de aquel entonces, reconocerán conmigo, si vuelven la vista atrás, que la obra de su

juventud se redujo a aniquilar una contradicción de la que algunos sufren todavía." (P. Bourget, *Dramas de famille*).

Este anhelo vivificante cristalizó en una oración de André Gide, formulada en 1916:

"¡Oh palabras de Cristo tan hondamente desconocidas! han pasado 18 siglos y... ¡dónde nos encontramos aún en nuestras relaciones contigo! Hay quienes van repitiendo: el Evangelio carece de vida ya: para nosotros ha perdido su significación y su valor. Blasfeman de lo que ignoran. Yo quisiera gritarles: No, el Evangelio nos espera. Su virtud, lejos de haberse agotado, está por descubrirse. La palabra de Cristo es siempre nueva y encierra el secreto de una promesa infinita." (Cita de L. Chaigne. *Vies et Oeuvres d'écrivains*, p. 96).

Lástima que André Gide no culminara su ruta.

El primero en dar un claro ejemplo de reversión al catolicismo, como lo había sido acaso de rebelión contra él, fue el Padre del romanticismo francés, de quien todos nuestros románticos se preciaban de discípulos.

"Es preciso —decía después de haberse confesado en la celda de su prisión— cuanto yo he sufrido en estos tres años, en humillaciones, desprecios e insultos, para conocer todo lo consolador y razonable de esta religión tan terrible como nueva... ¡Si vieras cómo me encuentro desprendido de todo, fuera de la meditación y de la oración!" (Verlaine, *Vie et Oeuvres*, p. 395).

Y los que al principio fueron voces aisladas oídas con pasmo se hicieron muy pronto legión.

"Cuando tuvo lugar mi conversión —nos ha dejado anotado Paul Claudel, el gran poeta cristiano de nuestros tiempos— hace cosa de veinticinco años, casi era yo el único poeta cristiano. Hoy, en cambio, veo reaparecer por doquiera la luz de Cristo en las almas generosas." (Paul Claudel a Charles Morice).

No era él solo.

"Desde la aparición de este volumen (En route) —en 1896— la correspondencia que recibí es tan extensa, que me veo forzado a no contestarla, so pena de renunciar a cualquier otro trabajo. Cartas que en su inmensa mayoría provienen de gente a quién acosa la Gracia y lucha consigo misma, pidiendo y rechazando a la vez la conversión". (Huysmans, *En route*, 1896).

Con la conversión de las primeras figuras literarias ha ido cambiando el am-

biente y la fisonomía de la literatura moderna, sobre todo de la literatura francesa. Y sabemos lo que ésta significa para las demás literaturas.

“Aparecisteis, decía Andrés Chaumaix a Maurice contestándole en la sesión académica que lo consagraba definitivamente en el mundo de las letras, en una época en que la doctrina conocida con el nombre de *cientismo* había perdido ya gran parte de su soberbia, y en que escritores de opiniones diversas nos traían con esfuerzos convergentes, nuevos horizontes espirituales”. (A. Chaumaix. Discurso de contestación a Maurice el día en que era recibido éste en la Academia Francesa).

No faltó quien no pudo menos de reconocer este volverse al catolicismo, pero se revolvió contra esos escritores valientes y sinceros. “Bourget y Copée, han dado el primer paso —gruñía Anatole France—. Le han seguido Julio Lemaitre y Mauricio Barrés. Hoy para lograr el título de intelectual, se exige como condición primera el renegar dos siglos de pensamiento francés y proclamarse discípulos de Pascal y de Bossuet. Se da como establecido que los enciclopedistas no fueron más que unos asnos encabritados, los románticos enfermos, anormales, los naturalistas asalariados de la pornografía. Esto se enseña en las revistas serias, y es el secreto con que obtienen tiradas de cien mil ejemplares y hasta un millón en la Academia Francesa los insípidos René Bazin, y los evangélicos como Henri Bordeaux. Un terror pálido se extiende cada día más sobre el campo literario, reduciendo a un ridículo aislamiento a escritores originales y atrevidos, mientras insensiblemente se va infiltrando en el espíritu del país la sumisión a Roma”.

¡Cuánto resentimiento encierran estas lamentaciones! Apuntan hechos reales, pero se les aplica medidas estimativas viciadas por el dolor de verse postergados él y su escuela.

“El resurgimiento católico en las letras se ha afianzado con obras originales y potentes, que se nos presentan ya —y la posteridad los confirmará— como la expresión más sublime del arte de nuestros días. Que lo confiesen

o no, han formado escuela... La literatura de hoy tiene una resonancia cristiana... La revolución es absoluta, tan profunda como la que apareció hace un siglo bajo el nombre de Romanticismo, más profunda que el Realismo y la del Simbolismo. Si nos fijamos en los libros que atraen a los lectores, podemos afirmar que en conjunto —sin que pretendamos con ello negar algunas, aunque raras, excepciones— no existen hoy más que dos géneros de literatura: la sensual, establecida para la explotación industrial y la católica, que puede honrarse de representar el arte”. (J. Calvet. *Le Reonuveau Catholique dans la Litterature Contemporaine*).

Le religiosidad y el Catolicismo han conquistado el campo literario.

Para ser literatos y para ser pensadores no es necesario renegar ya de la religión y de la piedad bebidas en el regazo materno.

Se puede permitir hoy a los jóvenes dedicarse a la Literatura sin que haya que temer que necesariamente ha de claudicar y traicionar su fe y su piedad. Y se lo debemos a la valentía de los literatos que después de haber andado descarriados supieron volver a Dios.

No quiere decir esto, que toda la literatura contemporánea está ya santificada... ¡Cosa tan utópica no la ha dicho nadie, ni la pretendemos nosotros! Decimos, y esto si lo decimos con firmeza, que contamos hoy ya con una escuela literaria de primer valor, respetada y aun aplaudida e imitada con fervor, que profesa el catolicismo, que se atiene a su moral y a su espiritualidad, y que hasta hace del apostolado de la pluma una principal razón de ser de lo que escribe, que tiene a gala merecer los elogios de la Iglesia. Desde que los escritores que hemos citado iniciaron su vuelta a Dios y a la Iglesia, ya no estamos en situación de inferioridad. Ya somos algo. Ya somos mucho. Ya no se nos puede relegar al olvido. Ya se ha marcado la ruta que han de seguir los que sintiéndose escritores, quieran señalarse en letras y espíritu.

A. ARIN ORMAZABAL, S. J.